

COLEGIO UNIVERSITARIO CENTRAL

Título de la obra: Tic Tac

Categoría: cuento

Nivel: 2

Seudónimo: El gato blanco

Tic tac; tic tac; tic tac. Suenan las afiladas dagas de Cronos: rasgando el aire, rasgando la pared, hilando la sombra, cosiéndome los nervios a la madera del cuarto. En la pared se posa el cuerpo redondo del despertar: ese ojo sin pestañas, ese monstruo colgado que vigila mi carne desvelada, que respira cuando respiro, que late cuando no quiero latir. tic tac; tic tac; tic tac; tic tac.

Le pido una noche más. Le pido, le ruego, le suplico. No hay respuesta. Solo: tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac.

Mi mirar se apaga como un fósforo mojado; la tinta negra de mis párpados me cae encima: pesada, húmeda, áspera, manta rota de perro abandonado en la vereda mojada.

Me desarmo sobre el colchón falsamente ordenado; me vierto, me entierro en frazadas disfrazadas de ropa: camisas, remeras, camperas. Un ejército rendido sobre mi cuerpo, una pila de pieles viejas que intentan protegerme del tiempo que afila los dientes. Intento recordar las horas anteriores. No encuentro su voz: ni una sílaba, ni un soplo, ni el eco de un eco. El silencio rebota como un tambor roto; la noche cae como avalancha ciega y a lo lejos, y a lo cerca, y adentro mío, detrás de mis costillas se oye: tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac.

Pierdo el control de los segundos: se deforman, se alargan, se multiplican; se disfrazan de horas, de días sin nombre, de eternidades rotas.

El sol se enblanca, la luna me pincha con sus rayos amarillos como agujas. Todo gira, se mezcla, tropieza, cae, respirando siempre el mismo ritmo asfixiante: tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac.

Me vuelvo loco. No hay otra palabra. La canción del tiempo me tiene harto; me muerde la cabeza desde adentro, raspa mi corazón como si fuera caja metálica. A un lado la mesita de luz; quieta. Al otro el armario; inmóvil. Y frente a mí, la máquina del dolor: ese cuerpo redondo, vigilante, cruel, susurrando con voz de cuchillo: tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac. Entonces, muy despacio, como si mis pensamientos caminaran sobre vidrio, mis ganas de dejar de sentir me recuerdan el puñal en el cajón. Con manos torpes abro el bruto cajón de madera, que cruje como animal herido, como si también viviera atrapado en este compás. Ahí está, plateado, manchado, esperando; lo saco observo mi reflejo: doblado, roto, multiplicado, como si ya no fuera yo, como si estuviera quebrado desde antes. No pienso más, no pienso no queda pensamiento posible.

Sas.

Silencio, o algo parecido. Un silencio demasiado delgado para ser real, demasiado frágil para sostener nada. Hay un segundo, un fragmento mínimo, una grieta microscópica en la que todo parece apagarse, como si el mundo inhalara; como si el tiempo dudara. Pero dura nada, menos que nada, un destello apenas.

Y entonces algo se mueve; una sombra; una respiración leve; un rumor que serpentea por el piso, que trepa las patas de la mesa, que viaja por los muebles como veneno lento.

Tic. Apenas un tic. Un tic como un dedo apoyado en mi nuca. Tac. Un tac como un susurro detrás de la puerta. Tic tac. Tic tac. Tic tac. Largo, finito, interminable. Como si algo siguiera contando, como si algo siguiera mirando, como si algo; bajo la madera rota, bajo el aire cortado, bajo lo que debería haberse detenido siguiera despierto.

Solo después, muy después cuando no hay aire ni pensamiento, cuando el cuarto tiembla apenas, se ve, el reloj, roto; el vidrio estallado en pétalos transparentes; las agujas clavadas en un ángulo imposible, como huesos torcidos. Pero el tiempo; el tiempo no, el tiempo sigue vivo, sigue gateando, sigue latiendo, sigue respirando con esa respiración ajena que no viene de ningún cuerpo.

Y en la oscuridad más profunda, donde ya no debería quedar nada, donde todo tendría que haber callado, todavía, todavía se oye: tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac; tic tac.